



«MY SECRET LIFE»

5.º CAPITULO

—Los golfos primero.

—Señora: los brazos de sus hijas me soportan. Puedo esperar descansado a que pase usted delante.

Ruth Davis se quedó de piedra. «Adelante», dije. Y las cuatro hijas de mi ex amante me llevaron en aquellas andas de oro sobre las que habían colocado un sillón de lapislázuli (con su último dinero). En las andas: Yo, Adriano di Tola. En el horizonte, el Golden Gate recortando su roja silueta en un atardecer teñido de violeta y oro. Ascendimos la colina y llegamos frente al palacio de Mimi Tatúm. La viuda del príncipe de Tatúm estaba soñando amores frente a las noventa estatuas de mármol rosado que eternizaban mi figura en aquel jardín. Las niñas de Ruth Davis bajaron las andas con mimo y me depositaron en la hierba. «Al mar», ordené. «Yo... ¡Adriano, yo todavía no sé de tu amor...!», suplicó la menor. «Al mar», repliqué con la pastosidad heladamente hermosa de mi voz. Y las cuatro hijas de Ruth Davis se arrojaron a la bahía como un solo hombre. Miré los remolinos y las últimas burbujas. Cuando las aguas se pusieron nuevamente de seda, corté una flor amarilla y la dejé caer sobre el lugar en que se ahogaron las niñas. Me volví a Mimi Tatúm: «Al fin solos». La princesa se desprendió del turbante y lo dejó sobre las magnolias, con su otra ropa. Jugamos por los jardines inmensos de su palacio. Saltamos a pídola sobre la tumba de su esposo. Y quedamos frente a frente en un bosque de eucaliptus. «Ven...», susurré apoyada en un columpio de rubies. Sonreí. «Ven...», dijo con la voz agónica. Negué con mis cabellos morenos. «No es agua. Son brillantes», dijo señalando el arroyuelo que nos separaba.

Fui. Salté sobre las falsas aguas y el brillo de los kilates que fingían el arroyo vigorizó mi hombría. Gracia a Mimi, la mamma podría seguir tranquila en su sanatorio. (No es que esté enferma. Es que la gusta vivir allí para reírse de los enfermos.) ■

ADRIANO DI TOLA.

(Continuará)

COCO



NUEVOS METODOS DE ADELGAZAR EL PLAN DACHAU

Nos escriben muchas señoras lamentándose que aun después de seguir durante dos meses el plan de alimentación de los astronautas de la N. A. S. A. no han conseguido quitarse de encima los michelines que tanto las afean. Para todas ellas, y para el público en general, vamos a exponer a grandes rasgos el infalible Plan Dachau para adelgazar, que fue el que inventó Hermann Goering para suprimir los antiestéticos michelines que tanto afeaban a la población judía de Europa central hace ya treinta años, pero que a pesar de todo sigue con plena vigencia para unos señores que nosotros nos sabemos.

El Plan Dachau consiste fundamentalmente en una dieta inicial de terror: lea mucha literatura sobre asalto a las librerías y quemas de obras progres. Ya estará en condiciones de empezar a cumplir el plan. Después, construya en la terraza de su casa (también puede hacerse en el chalecito de la sierra) un pequeño campo de concentración, lo

que no le será difícil si utiliza para ello el abandonado gallinero de la abuela. Métase dentro, y espere. Póngase un traje a rayas, y pintese en la espalda cualquier signo ignominioso, que en este caso muy bien puede ser, por ejemplo, el escudo de un club de primera de los que vayan a descender a segunda según Karag.

Si se está quietecita, verá cómo a los quince días de no probar bocado su línea se ha vuelto grácil, juvenil. Pero entonces viene el peligro: no llame a los americanos ni a los rusos, sino que continúe dale que te pego. Desde el día 16 al día 30 es cuando el Plan Dachau consigue sus más espectaculares resultados. Entonces, en el día 31, dése una ducha. Hábilmente, habrá conectado con la tubería la bombona de butano, y el gas le dejará de perlas.

Después, sólo faltará venderse como jabón. Otras se venden por otra cosa, ¿no?

